

Título: *Cuadernos del Ramadán. Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo*

DEPÓSITO LEGAL: M-11468-2019

© del texto: Analía Iglesias Carreño

Diseño de cubierta y maquetación: Pablo Matamala. www.estudiomatamala.com

Imprime: Artes Gráficas g92 S.L.

© de la edición, MADRID DESTINO CULTURA TURISMO Y NEGOCIO, S.A., Madrid, 2019

© de las ilustraciones o imágenes, sus autores, 2019

Licencia Creative Commons Reconocimiento - No Comercial - Compartir igual 4.0 CC-BY-NC-SA-4.0 by-nc-sa



© Imane Djamil

Les grandes vacances (Las vacaciones de verano), 2017

ÍNDICE

Prólogo	Pag. 8
Primera Parte	Pag. 10
I. Esposas en la Meca, o por qué rastrear los orígenes	Pag. 11
II. El legado. Sabias y rebeldes en la Historia del Islam	Pag. 16
Segunda parte	Pag. 21
V. La celebración. Ellas y el Ramadán	Pag. 22
VI. Nuestras vecinas inquietas del Magreb	Pag. 24
VII. Árabes, europeas y egipcias	Pag. 36
VIII. Cultoras del Islam en Persia y en el África subsahariana	Pag. 43
Mapa	pag. 54

PRÓLOGO

Los pasos de la mitad no obediente del mundo retumban aquí y allá. Ellas son la mitad del cielo, también del cielo musulmán, pero su representación pública sobre la Tierra dista de cubrir esa buena mitad de suelo. Hoy sus pisadas comienzan a hacerse sentir.

En este cuaderno de *Las Noches del Ramadán*, queremos presentar a algunas mujeres musulmanas que han tomado el destino en sus manos. Ya no son solo el objeto de aprecio o desprecio de los hombres, en ningún lugar del planeta, y tienen algo que decir. Son mujeres que reflexionan sobre lo que han sentido y que, con su aventura científica, artística o deportiva o de pensamiento, desafían el juego masculino que bien conocen. Tienen inscritas las antiguas reglas en su ADN y muestran su resiliencia.

“Nacer mujer ha sido nacer para ser mantenida por los hombres dentro de un espacio limitado y previamente asignado —afirmaba John Berger—. La presencia social de la mujer se ha desarrollado como resultado de su ingenio para vivir sometida a esa tutela y dentro de tan limitado espacio. Pero ello ha sido posible a costa de partir en dos el ser de la mujer. Una mujer debe contemplarse continuamente. Ha de ir acompañada casi constantemente por la imagen que tiene de sí misma”.

Frente a la naturalización de ese rol de ser miradas, hoy toca visibilizarse en la acción. Como decía la socióloga-faro, **Fatima Mernissi**, llegó la hora “someter a discusión las desigualdades sociales, políticas y sexuales al mismo tiempo”.

El análisis de esta lúcida pensadora marroquí es el punto de partida de un recorrido que despega con las figuras femeninas históricas del Islam, aquellas sabias y también las rebeldes que legaron valor y creatividad a estas mujeres contemporáneas que hoy destacan en el ámbito público.

La religión que actualmente profesan unas mil quinientas millones de personas en el mundo, le fue revelada a Mahoma, su profeta, en el siglo VII, y eran mujeres sus principales confidentes, y las compañeras con las que reflexionaba. Primero, Jadiya, luego Aixa, y también su hija Fátima que, según la tradición, ascendió al cielo para acompañar a las mujeres desde el paraíso.

Hoy, la mano de Fátima es un icono de fuerza, poder y bendición que se usa como talismán en todos los rincones del mundo. Porque, aunque el Islam es una práctica constitutiva de la nación árabe, su comunidad se extendió hasta alcanzar vastas regiones de Asia Central, el Sudeste asiático, parte de la India, buena parte del África subsahariana y Europa oriental. De hecho, los doscientos millones de musulmanes de Indonesia constituyen el primer grupo poblacional de un país que profesa el Islam. De allí han surgido reconocidas activistas como **Butet Manurung**, nacida en Jakarta en 1972, que fue pionera en la educación alternativa de poblaciones indígenas aisladas de su país, o la atleta olímpica **Liliyana Natsir**.

Nombrar a estas mujeres, como nombrar a **Malala Yousufzai**, la jovencísima paquistaní Premio Nobel de la Paz, en 2014, significa nombrar a quienes no se rinden ni ante la desigualdad ni frente a los estereotipos occidentales de la mujer musulmana. De esto hablan también ellas, de su necesidad de ser vistas y escuchadas por la industria mediática occidental, tal como son, y con lo que tienen que decir, antes de ser etiquetadas en el rol conveniente que se espera que cumplan a ojos europeos.



PRIMERA PARTE

I. Esposas inspiradoras en la Meca, o por qué rastrear los orígenes

Si la identidad fuera un verbo, habría que conjugarlo en futuro, en lugar de hacerlo en pasado. Porque la 'identidad' se compone de aquello con lo que nacimos, lo que nos legaron, pero también nos constituirá todo lo que haremos. Somos nuestras acciones y en ellas se transmiten aquellas partes diversas de las que estamos hechas, lo que heredamos de nuestros ancestros, su cultura, algunas de sus creencias, sus miedos, sus alegrías, junto con nuestros paisajes de la infancia, los juegos o nuestra lengua materna. También somos lo que vendrá, lo que haremos, lo que leeremos, los amigos que tendremos, los nuevos países que amaremos, las culturas que descubriremos y las lenguas que elijamos.

“No se nos da de una vez por todas: la identidad se va construyendo y transformando a lo largo de toda nuestra existencia”, escribía el pensador libanés Amin Maalouf.

La identidad es fundamentalmente lo que hay por delante de nosotras, y esto es algo que saben, desde la práctica, mujeres musulmanas que hace tiempo empezaron a reconstruir la suya, a rehacerla mirando al pasado con respeto y releendo su texto sagrado, reinterpretando y comprendiendo mejor las palabras de su profeta, objeto de tantas interpretaciones interesadas y poco fidedignas a lo largo de la historia.

“La entronización de la mujer, en quien se encarnaba el principio mismo de la desigualdad, el elemento constitutivo de la jerarquía, el *aleph*, el comienzo del ser que solo existe en sus relaciones de sumisión con respecto a la autoridad, forzó al musulmán a enfrentarse en pocas décadas con lo que los occidentales necesitaron siglos para digerir (y lo consiguen ahora no sin dificultades): democracia e igualdad de sexos. (Hay que) someter a discusión las desigualdades sociales, políticas y sexuales al mismo tiempo”, proponía Fatima Mernissi en su libro *El harén político: el profeta y las mujeres*, de 1987.

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

El escritor libanés parecía darle la razón, al expresar el poder del creyente para decidir lo que manda o no manda su religión: “Quien se sitúa dentro de un sistema religioso tiene pleno derecho a afirmar que se reconoce en una determinada interpretación de esa doctrina y no en otra”.

De ahí estas mujeres que no quieren que la época se les escape, como les sucede a muchos de sus contemporáneos, porque ellas pueden arraigar en el presente y tienen el coraje de hacer acción de sus meditadas palabras. Hoy se oye la voz de varias generaciones de musulmanas que no creen a pie juntillas todas las versiones de los hombres que leyeron lo que se escribió en el siglo VII, porque ellas mismas pueden ir al Corán, rastrear su historia y hacer sus propias lecturas. Es el caso de la mencionada Fatima Mernissi (Fez, 1940- Rabat, 2015), con quien iniciamos este recorrido, porque es referente de reflexión feminista –y valiente– sobre la historia de la mujer en el Islam.



Fatima Mernissi

La socióloga marroquí que dedicó su obra a las mujeres de su cultura religiosa y que promovió el debate sobre la consideración de la mujer, justamente, desde el momento mismo en que vivió Mahoma, afirmaba: “el profeta predicaba en el año 610 con un lenguaje tan revolucionario que la aristocracia lo forzó al exilio. El viaje en el tiempo se impone, pues, no porque la peregrinación a La Meca sea un deber, sino porque el análisis del pasado, ya no como mito o refugio, se hace necesario y vital”.

Mernissi sostiene que “el Islam es la saga de un hombre feliz, que soñó un mundo diferente en su juventud y que realizó todos sus sueños en su madurez y vigorosa vejez”. Ese hombre que nació en La Meca –una ciudad de tránsito en las rutas del comercio entre Asia y Europa–, en el año 570, prometió una dimensión espiritual común y unidad terrenal a las tribus desperdigadas de la Península Arábiga y, en aquel tiempo, al servicio de la cólera de romanos y persas. Para alcanzar un poder y estabilidad terrenal junto con la trascendencia celestial, los preceptos fueron simples y se basaron en disciplinarse en los actos de la vida cotidiana. Cinco pilares se erigieron, entonces, para cultivar la religión: la profesión de fe en un Dios único, con Mahoma como su profeta; la breve oración, cinco veces al día, en dirección a La Meca, que incluye una ablución previa (lavarse antes de entrar en contacto con lo divino); el ayuno durante el mes de Ramadán, desde el amanecer hasta que la puesta del sol; dar limosna a los necesitados y, de ser posible, peregrinar a La Meca, al menos una vez en la vida.

Aquel joven hombre feliz, a quienes su contemporáneos describen como piadoso y ecuánime, llegó a la fe respaldado por Jadiya, una mujer de la que se enamoró y con quien se casó cuando tenía unos veinticinco años. Jadiya Bint Juwailid, por su parte, era una rica comerciante viuda, más de diez años mayor que él, que había estado casada ya dos veces y tenía hijos de sus anteriores matrimonios.

A lo largo de quince años, Jadiya fue la gran aliada y confidente de Mahoma. Ella le ayudó a entender aquel proceso desde la primera revelación de Dios, por mediación del ángel Gabriel, quien le dio una orden: “lee”. Mernissi explica de esta manera el valor incalculable de poder contar con una mujer experimentada a su lado: “Las primeras revelaciones lo angustiaron, se las describió a Jadiya, aterrorizado por las voces que escuchaba. Dudaba de sí mismo (...) Jadiya lo tranquilizaba y reconfortaba, convenciéndolo de que lo que estaba sucediendo era maravilloso y único. Era el profeta elegido”.

Jadiya –la primera persona en convertirse al Islam– era, sin dudas, una pionera, cuya presencia fue determinante en la fundación de aquella nueva comunidad. Las feministas actuales destacan especialmente su figura de mujer adulta, poderosa e inteligente, así como la confianza y la lealtad que el profeta demostró hacia ella, que era con quien consultaba sus vacilaciones más íntimas. Mahoma y Jadiya constituyeron una pareja monógama, ya que él respetaba la tradición cristiana de la cual provenía su esposa, según algunas historiadoras que rinden homenaje a la línea de pensamiento que trazó Mernissi.

Aquella nueva religión, que trastocaba la vida de una población politeísta (por entonces, en esa región, se rendía culto a por lo menos trescientos ídolos), tuvo unos inicios difíciles, con el destierro de Mahoma. Muy afectado tras la muerte de su adorada esposa, el profeta se exilió en Medina, en 622 (año de la Hégira, o primer año del calendario musulmán). “Recibía el mensaje de Dios oralmente y oralmente lo transmitía”, apunta Mernissi, para luego explicar exhaustivamente cómo se hicieron las recopilaciones de lo dicho, a fin de ser pasadas a escritura. Hubo un texto revelado y otros relatos que respondían a preguntas sobre los más variados asuntos de la vida cotidiana. “El problema de los hádices (relatos de la vida de Mahoma) se planteará tras la muerte del profeta. Durante la época medinesa, la comunidad vivía un Islam ideal, en el que Dios y el Profeta podían ser consultados en cualquier momento, el primero por mediación del segundo”, aclara la experta.

Nueve esposas pasaron por la vida de Mahoma. Un capítulo extenso del libro *El harén político* comenta cómo era el vínculo que establecía aquel “hombre feliz” con las mujeres, quizá con la idea de que su vida ilumine los actos de otros hombres y mujeres que confiaron –y confían– en sus enseñanzas en todos los ámbitos de la existencia humana. Y esto resulta especialmente valioso en una cultura como la del Islam, en la que el placer y la sensualidad ocupan un lugar explícito y tienen reconocimiento: “El Dios musulmán es el único Dios monoteísta cuyo lugar sagrado, la mezquita, da a una alcoba; el único que eligió un profeta que no callaba sus preocupaciones de hombre, sino que, por el contrario, reflexionó en voz alta sobre la sexualidad y el deseo”.

Jadiya fue, ciertamente, un ejemplo de mujer dinámica y con iniciativa, tanto en la vida pública como en el ámbito doméstico. Pero no fue la única de las esposas de Mahoma con esas características. Otra mujer extremadamente influyente en la vida de la ciudad que se casó con el profeta fue Um

Salma, que ya tenía cuatro hijos, cuando él pidió su mano. “El profeta no se sorprendió, pues, de ver a una mujer como Um Salma, a diferencia de Aixa (su anterior y amadísima esposa), que era todavía adolescente, plantear cuestiones eminentemente políticas como solo las mujeres maduras son capaces de hacer: ‘¿Por qué -le preguntó un día al profeta- se cita a los hombres en el Corán y a las mujeres, no? Una vez planteada la cuestión, esperó la voz del cielo”, relata Mernissi.

Los textos tradicionales dan, entonces, voz a Um Salma, explicando cuánto se sorprendió una tarde –mientras se desenredaba el cabello– al escuchar al profeta desde lo alto del minarete, llamando a las “gentes” para dejarles claro que Alá habla en su libro de “los hombres creyentes y las mujeres creyentes; los devotos y las devotas; los sinceros y las sinceras; los pacientes y las pacientes; los humildes y las humildes” y que “para ellos Alá ha preparado un perdón y una recompensa infinita”.

Mahoma habló en lenguaje inclusivo durante todo aquel pasaje, extendiendo esa comprensión a todos los textos, según el relato que recoge Fatima Mernissi. Y agrega: “La respuesta del Dios musulmán a Um Salma era muy clara: Alá habla para los dos sexos, que son rigurosamente iguales en cuanto creyentes, es decir, en condición de miembros de la comunidad”.

Pero, más allá de las conversaciones y acuerdos en el hogar del profeta, Mernissi opina que el estatus de la mujer mejoró ostensiblemente en tiempos de Mahoma, con respecto a lo que habían padecido en la Arabia preislámica, cuando las mujeres no eran más que un objeto intercambiable que se heredaba. En vida del profeta, muchas mujeres se acercaban a él para consultarle sobre asuntos domésticos, a sabiendas de que las defendería frente a sus necios maridos. Ellos, habituados a utilizar lo sagrado para legitimar sus privilegios, de naturaleza política o sexual, creían que nunca cambiarían las tornas y que los poderosos seguirían intercediendo para siempre en favor de sus caprichos de género. Pero, entonces, se sorprendieron: “Los hombres comprendieron que Mahoma y su Dios no actuaban siempre con arreglo a sus intereses. La nueva religión no se reducía a promesas de conquistas, sino que era un sistema ético que imponía ciertos sacrificios. El conflicto entre Dios y sus discípulos musulmanes se hacía abierto y oficial”, asegura Mernissi.

En síntesis, la culpa (de la desigualdad) nunca fue de Dios.

II. El legado. Sabias y rebeldes en la historia del Islam

“Si a los niños y las niñas en Europa se les contara que Baruch Spinoza rindió homenaje a Abentofail, el visir granadino del siglo XII que fue mentor de Averroes... Si les explicaran que cinco siglos antes que Spinoza había alguien que pensaba en términos similares a los del filósofo, y que escribía en árabe, sería una manera de incluir a todos los pequeños Mohammed y Fátima en una sociedad a la que de hecho pertenecen. Hay que cerrar ese corte que hay entre los descendientes de musulmanes y los europeos”, grafica el escritor magrebí Fouad Laroui. El suyo es un mensaje de integración que apela a la memoria histórica, a no negar unos orígenes y unas ideas comunes: si España incluyese su herencia morisca en los planes de estudio, todos y todas nos sentiríamos parte de ese legado.

En el mismo sentido, las feministas musulmanas promueven el conocimiento de los nombres propios femeninos en su historia: “El declive de la civilización musulmana coincide con la progresiva disminución de la participación de mujeres en la adquisición y transmisión del saber”, defiende la médica y activista marroquí **Asmaa Lamrabet**, que actualmente trabaja en Rabat, pero que se desempeñó también en hospitales públicos españoles y latinoamericanos, y que constituye un enlace de referencia con grupos de mujeres musulmanas en Asia, África, Europa y América.

Entre las primeras compilaciones de mujeres sabias, se menciona la del célebre imán egipcio Al Hafid Ibn Hajar, que en la Edad Media ya hizo una selección de biografías de 1.543 mujeres pioneras en Derecho y Letras. En los siglos que siguieron hubo algunas otras recopilaciones de vidas femeninas que hablaban de las brillantes calígrafas de Córdoba y de mujeres que formaron a filósofos e historiadores. En este caso, nuestra contemporánea Asmaa Lamrabet será quien nos guíe en la historia de los primeros siglos tras las revelaciones, para seleccionar y destacar los nombres propios de algunas de las miles de mujeres sabias del Islam que han contribuido a hacer ciencia y a pensar los dilemas de su civilización. A saber:

Oum Adardaa. Vivió en el primer siglo de la Hégira y está considerada una de las mayores expertas en la *ciencia* de los hádices, que son las acciones y dichos del profeta que fueron transmitidos oralmente y recopilados por sus discípulos y discípulas. El hádiz es un complemento al cuerpo doctrinal

del Islam cuyo pilar es la palabra de Dios contenida en el Corán. Pero las pesquisas sobre los hādices para su recopilación no fueron asunto simple, ya que requerían de un cumplimiento minucioso de pasos que indicaran su veracidad. Entre ellos, la realización de numerosas entrevistas a personas de probada honestidad que hubieran estado cerca de Mahoma, y estas, a su vez, eran cotejadas con otros testimonios. Finalmente, el contenido de los hādices se ponía a disposición de los lectores creyentes, junto a todos los datos sobre sus informadores. Oum Adardaa dominaba todas estas técnicas y las enseñaba tanto a hombres como a mujeres prominentes de aquella época del Califa Abdemalik Ibn Marwane. También discutía su punto de vista jurídico sobre la ley islámica en la mezquita de Damas: “He amado a Dios por todos los medios pero no encontré mejor manera de expresar mi amor a Dios que debatiendo con los ulemas (los doctores de la ley musulmana)”.

Karima al Marwazya. Fue una profesora de Historia que vivió en el siglo IV de la Hégira. Era especialista en la obra de Sahih Al Boukhari, el más reputado imam en la ciencia de los hādices. Karima daba sus cursos en la mezquita de la Meca y la llamaban “la mejor de las mejores expertas”.

Fátima Bint al Husseyn Bint Ali. También fue una historiadora ilustre de su tiempo, especializada en la vida del profeta. Vivió en el siglo V de la Hégira y sirvió de fuente e inspiración de historiadores muy respetados como Ibn Ishak e Ibn Hicham.

Nafissa Bint el Hassan. Nació, en la Meca, en el año 145 de la Hégira. Estudió con los grandes ulemas de la época. La llamaban “la preciosa del saber” por su conocimiento de la ciencia de los hādices. Por las presiones políticas árabes, tuvo que exiliarse en Egipto, donde la esperaba un gran recibimiento. En El Cairo tenía tal cantidad de alumnos que le concedieron el permiso de dar cursos dos días por semana. Mantuvo una cercana amistad e intercambio intelectual con el imam Asvbhaffi, fundador de una de las cuatro grandes escuelas jurídicas del Islam.

Subh Um Walad. Dicen de ella que fue la mujer más influyente de la Córdoba califal del siglo X. Perteneció a la genealogía omeya. Hay un libro sobre su figura, *Los baños del pozo azul*, de aparición reciente, que escribió el sacerdote y filósofo Jesús Sánchez Adalid, inspirado en crónicas de la época,

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

especialmente en las de Muqtabis e Ibn Hayyan, que fue contemporáneo de Subh Um. A propósito de este último, decía el autor: “La conoció seguramente en persona, y de su obra podemos deducir que es un personaje bastante determinante en la historia política de aquel tiempo”.

Por su parte, el nombre de **Fátima al Fudayly**, la fundadora de una gran biblioteca en La Meca, que enseñaba en la ciudad santa a alumnos que allí obtenían una certificación válida, se une a los nombres de otras reputadas estudiosas como Zaynab Bint Abass al Baghdadya, Chouhda Bint el Abra, Sitt al Wazarra y Zaynab Bint Ahmed. Todas ellas, según Asmaa Lamrabet, “estuvieron presentes en los centros de saber (en esos primeros siglos representados por las mezquitas) y participaban codo a codo con los hombres en la educación, aunque no se las cita en el aprendizaje religioso actual; tampoco tienen derecho a la palabra las mujeres en las mezquitas modernas, en las que tienen que hacer prueba de discreción, orando al fondo de las salas”.



Mezquita de Córdoba

El compromiso de las mujeres en las ciencias islámicas en general (teología, historia, derecho, gramática) y su importante rol en la enseñanza comenzó a deteriorarse a partir del siglo X de la Hégira. Consigna Lamrabet que en Egipto hubo ulemas femeninas que tuvieron actividad pública hasta la conquista otomana. Desde el siglo XVI, el número de mujeres expertas ha disminuido drásticamente o han sido marginalizadas, conforme la voz de los ulemas ha ido convirtiéndose en la más oficial y absolutamente masculinizada. Se ha apartado a las mujeres de los centros de saber y se las ha “confinado en los harenes, consideradas como cuerpos, fuentes de placer, ocio, lujo y frivolidad”. La falta del testimonio femenino constituyó una “inmensa laguna de memoria” que ha tenido fatales consecuencias para “nuestra civilización”, en opinión de Lamrabet.

De ahí el trabajo de las historiadoras contemporáneas por desenterrar vidas, no solo las de las más estudiosas, sino también las de las más rebeldes de sus tiempos. Este es el caso de **Sukaina**, que nació en el año 49 de la Hégira, y de quien dicen que por su belleza se la disputaban los califas y los príncipes. Contestataria, Sukaina terminó casándose con cinco maridos y en ningún caso se comprometió en la *ta’á* (obediencia matrimonial) ni les concedió el derecho a la poligamia. A ella le interesaban la política y la poesía, y estipulaba en los contratos con sus parejas que los poetas seguirían entrando en su casa, así como que ella podía salir para los consejos de la ciudad, de los que formaba parte. Sukaina era una activista contra toda opresión, hija de un pacífico hombre, el poeta Husein B. Ali, que había sido asesinado en Kerbala, por rehuir de las ambiciones políticas de los omeyas. Fatima Mernissi rescató su figura del olvido y contó cómo, en una conferencia en Penang, Malasia, en 1984, un periodista paquistaní-londinense la interrumpió para negar la historia de Sukaina, diciendo que había muerto de niña. Cuando le pidió fuentes, Mernissi le proporcionó una lista que incluía a Ibn Kotaiba, Ibn Abd Rabbih, Ibn Saad, entre otros, y luego se enteró de que el periodista no hablaba ni leía en árabe. “Extraño destino el de la memoria musulmana a la que muchos acuden para censurar y castigar. Extraña memoria en la que los muertos y muertas no escapaban a las tentativas de asesinato, si fortuitamente se aventuraban a levantar el hiyab por encima de la mediocridad y el servilismo que nos presentan como tradición”, reflexionaba la catedrática.

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

Afortunadamente, hay otras mujeres musulmanas que obtuvieron por derecho propio su lugar en la historia y que no necesitaron revisionismo crítico para ser consideradas. Este es el caso de la fundadora de la primera universidad del mundo, en Fez, el año 859 D.C (o siglo II de la Hégira), **Fatima Al-Fihri**. Al Fihri era la hija de un rico comerciante tunecino que se estableció en la ciudad del norte marroquí en tiempos de Idriss II. Fatima y Mariam, su hermana, quisieron invertir su herencia en la construcción de la gran mezquita de Al Andalus y una escuela coránica que terminó convirtiéndose en la prestigiosa universidad de Al Qarawiyyin, erigida dos siglos antes que la universidad de Bolonia, que es la más antigua del mundo occidental. En Al Qarawiyyin se dice que estudió Gerbert de Aurillac, que luego fue el Papa Silvestre II –que habría conocido en sus estancias en Córdoba, Sevilla y Fez la *ciencia árabe* de las matemáticas y la astronomía– y que introdujo los números arábigos y el cero en Europa, además del astrolabio y el ábaco. También estudiaron allí Abu Al-Fasi –el principal teórico de la escuela *Maliki* de jurisprudencia islámica–, el explorador andalusí *León el Africano* y el filósofo judío Maimónides, entre otras importantes personalidades. Su biblioteca conserva manuscritos de valor incalculable.





SEGUNDA PARTE

V. La celebración. Ellas y el Ramadán

La celebración del mes sagrado del Ramadán es como si la Nochebuena cristiana hubiera que prepararla todas las noches, a lo largo de un mes. Imaginemos a las mujeres de la casa comprando grandes cantidades de comida y cocinando durante todo el día, poniendo la mesa -al atardecer- para la gran familia que llega al *Ftour* (la comida con la que se rompe el ayuno) y fregando cientos de platos y cacerolas, bien entrada la madrugada. Esto es más o menos lo que les suele tocar a las amas de casa, en las Navidades, y lo mismo que asumen ellas durante el mes sagrado musulmán, el mes del ayuno durante todas las horas de luz del día (y de gran fiesta, sin alcohol, durante buena parte de las horas nocturnas).

El Ramadán es un mes lunar de ayuno diurno y plegarias para buena parte de musulmanes del mundo, porque el cumplimiento del precepto religioso es obligatorio. En principio, se propone un mes de recogimiento espiritual, austeridad y empatía hacia los pobres, además de entrega a la vida familiar y generosidad: la caridad es muy importante en esta época y quienes hayan vivido en un Estado confesional musulmán habrán constatado su encomiable práctica.

La gente suele aprovechar este tiempo entre paréntesis para una vida de reflexión y trabajo sosegado. Sin embargo, la primera evidente dicotomía para un extranjero es la exuberancia alimenticia en la calle y en las tiendas desde por la mañana. Durante todas las horas de sol se compra con fruición, las medinas se llenan de puestos ambulantes de *pastillas*, *briouates* y pastelería artesanal, y todo huele mucho a recién hecho. Durante el día, las cafeterías suelen estar cerradas y hay pan solo a partir del mediodía. Recordemos que la feligresía no debería haber comido ni bebido un sorbo de agua, ni masticado un chicle, desde el amanecer.

Con ese fondo del paisaje desbordante de manjares, podemos dibujar los contornos de los personajes claramente delimitados por su rol de género, y también por su status social, especialmente en esta época del año en que las tradiciones a la vista se siguen a rajatabla (porque en otras temporadas, las costumbres son laxas). En general, se llega al Ramadán preparando la economía hogareña para el gran gasto; esto significa que, en especial, los hombres están llamados a proveer de recursos a la familia para poder afrontar un mes excepcional, en el que el presupuesto de comidas y ropa se

dispara, porque hay que honrar la festividad. Y en este sentido suelen ir las lamentaciones de los padres de familia, cuando queda poco para que empiece el gran ayuno.

Los restauradores, por su parte, están de parabienes porque también se cena mucho fuera. Y junto a ellos, hay otro sector en el que los empresarios se frotan las manos (y las trabajadoras se las llevan a la cabeza): es el de la moda. La temporada alta de desfiles de diseñadores/as y marcas de caftanes tradicionales transcurre en el mes inmediatamente anterior al Ramadán. Costureras y bordadoras de pedrería trabajan a destajo para entregar los vestidos, a tiempo, especialmente los que se lucirán en la cena final, la del *Eid al-Ftir*, la última ruptura del ayuno, con la siguiente Luna Nueva.

Mientras unas mujeres, las amas de casa, cocinan platos especiales durante toda la jornada, otras mujeres trabajadoras lo hacen día y noche: son las peluqueras y cosmetólogas, que cumplen horario en jornada normal, aunque interrumpen un rato las labores para cenar con su familia, y retornan al trabajo para continuar hasta la medianoche. Es que es un momento del año en que las mujeres de cualquier condición social gozan de salir solas por la calle, hasta bien entrada la noche, y esto significa que muchas de ellas aprovechan para ir a la peluquería o al gabinete de estética.

Lo cierto es que, durante el Ramadán, la mayoría de la gente duerme poco y se levanta a trabajar a la hora de siempre, por lo tanto, el cansancio se va sumando a la falta de energía, la sed y a la abstinencia de nicotina, pero el orgullo por la fuerza de voluntad compensa cualquier esfuerzo. Los más jóvenes suelen cambiar sus horarios de vigilia y duermen casi todo el día, como si todo el mes fuera Navidad.

Por lo demás, las mujeres pueden eludir el ayuno si están embarazadas y durante los días de la menstruación, pero cada día no cumplido deberá ser 'devuelto' antes de finalizar el año. De la *compensación* no se salva nadie. Además, el Ramadán significa para ellas un mes alejadas de los deportes acuáticos que impliquen desvestirse o ponerse bañador, desde el alba hasta la puesta del sol.

Por la noche, las playas y parques se convierten en una suerte de celebración multitudinaria, con cientos de familias de *Ftour* y sobremesas entre una cena y otra. Entonces, la larga fiesta dura hasta la madrugada.

Bienvenidas al primer trago de agua o el dátil y la *harira* (sopa). Bienvenidas al primer rayo de oscuridad. Mañana será otro día.

VI. Nuestras vecinas inquietas del Magreb

Los avances en igualdad han tenido a las mujeres de Túnez como precursoras absolutas. Un tema largamente postergado como es el derecho de las mujeres musulmanas a heredar lo mismo que sus hermanos varones está llegando a buen término en el Norte de África gracias al activismo feminista tunecino: “Quienes organizan las manifestaciones del 8 de marzo en Túnez son las mujeres que militaron por el derecho a la herencia igualitaria. Las normas sucesorias del Islam –por el que las hijas heredan la mitad que sus hermanos varones– han sido sacralizadas por los hombres, para su conveniencia (...) Se menciona como un problema religioso algo que es meramente político. Y aquí hay un problema económico”, explicaba la socióloga tunecina **Khadija Cherif**.

Lo cierto es que en Túnez lograron, en 2018, que su Gobierno impulsara una ley de herencia igualitaria, luego de haber conseguido que se derogara la obligación de conversión al Islam de cualquier hombre que quisiese casarse con una tunecina (una norma que sigue vigente para las musulmanas del resto de los estados confesionales). No es de extrañar que estas medidas tengan lugar en Túnez, un país en el que el 55 por ciento de los investigadores y el 69 por ciento de los doctores universitarios son mujeres. En el sector público, ellas ocupan el 44 por ciento de los puestos, y el 30 por ciento, en el sector privado, según datos recientes de UNESCO.



Khadija Cherif

En las poblaciones vivamente movilizadas del norte de África persisten, sin embargo, otras inequidades que, en algunos casos, responden a unas leyes que se han desactualizado y que ya no responden a la realidad de las sociedades actuales. En este camino de revisión y debate, son imprescindibles las redes de mujeres que unen a Marruecos, Argelia y Túnez, y que trabajan desde hace años por la secularización de la vida civil, así como por el acceso a la educación de las niñas. Es el caso de la mencionada Khadija Cherif, fundadora de la Asociación Tunecina de Mujeres Democráticas, y de **Malika Benradi**, jurista marroquí abanderada en la lucha contra la tutela que ejerce el Estado sobre los ciudadanos y, particularmente, contra el control de los cuerpos de las mujeres.

Las mujeres del Magreb son mujeres fuertes. Antes de estos tiempos de paz, magrebíes, argelinas y tunecinas tuvieron que dar batallas anticoloniales de alto riesgo para sus vidas; para poder luchar por sus derechos de mujer tuvieron que ganarse un país. Así, podemos recordar a la argelina **Nassima Hablal**, heroína de las horas fundacionales de la independencia de Argelia. Hablal (1927-2013), militante del *Frente de Liberación de Argelia* y encargada de importantes misiones, padeció años de prisión. “La cárcel es una experiencia más de la vida”, decía con humildad en un documental que le dedicó otra mujer, Nassima Guennoun, que eligió retratar sus últimos años de vida doméstica, que los pasaba con la vitalidad épica de una revolución.

Otra heroína de la solidaridad y el anticolonialismo fue la tunecina **Tawhida Ben Cheikh** (1909-2010), la primera mujer médico (pediatra y ginecóloga) en el mundo arabomusulmán que, con su trabajo, contribuyó a cambiar la imagen sobre el rol de la mujer en la sociedad y a hacer de su profesión una oportunidad para la paz y la igualdad. Abogó por la formación para la planificación familiar y formó parte del *staff* de la primera publicación feminista tunecina, *Leila*, una revista que les permitía difundir sus ideas progresistas. Sobrina de Tahar Ben Ammar –uno de los protagonistas de las negociaciones con Francia por la independencia– desde su trabajo en los hospitales públicos, ya en el Túnez libre, preconizó el reconocimiento del derecho a la anticoncepción y al aborto por parte de las mujeres.

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

En fin, herederas de la riqueza de Al Andalus y de la resistente población bereber, las mujeres norafricanas no han dejado nunca de manifestarse, en ideas, en materia de ciencia o creando con sus manos; en pensamiento y en obra artística. Han tenido que hacerse un hueco en el espacio público que durante tantos siglos se les había negado, pero hoy su presencia es insoslayable.



Tawhida Ben Cheikh

EXPRESIONES CONTEMPORÁNEAS

“Las mujeres del Magreb que deciden voluntariamente formar parte del arte tienen el destino en sus manos. A ellas no se les dicta su pasado ni su porvenir; resisten dentro de la sociedad patriarcal, justamente a través de su aventura artística, escribiendo la historia con su propia mano. Y con este tipo de acción artística, pero también la profesional, la científica y la cotidiana, las mujeres tenemos el compromiso de tomar el futuro en nuestras manos”, explicaba **Rim Laâbi**, historiadora de arte marroquí y curadora.

Hagamos un repaso del presente, por disciplinas:

Artes visuales y arquitectura:

Chaïbia (El Jadida, 1929-Casablanca, 2004) es, sin dudas, la artista norafricana que llegó más lejos en el arte contemporáneo. La suya es la victoria de la simplicidad sobre la apariencia. Solo hace falta imaginar a una señora de un pequeño pueblo marroquí, viuda, analfabeta y criando sola a un hijo, en los años 40, en Casablanca, para saber que esa señora solo habrá podido trabajar limpiando casas de la burguesía francófona sin apenas pronunciar palabra. De rodillas, un trapo y las manos mojadas, siempre sonriente, esa fue Chaïbia. A su biografía habrá que agregarle que la habían casado a los 13 años y que, con esa boda, la familia sintió alivio porque aquella niña parecía *incasable*: desde pequeña había sido la “loca” del pueblo que cantaba sola y se extasiaba viendo a las tejedoras rurales. Los cuadros de Chaïbia hoy cotizan más que los de ningún otro artista magrebí. ¿Soñó esta campesina con arte? Seguramente, y sin saber que eso que soñaba se llamaba arte. Mientras tanto, y ya viuda, solo tuvo anhelos para su hijo, y así siguió, doblada sobre el trapo mojado, por años, para que el niño pudiera ir a la escuela. Su hijo aprendió a leer y a escribir. Creció y pintó, y quiso convertirse en artista plástico. Y la madre pintó también, en secreto, hasta que a su casa llegaron los mecenas y galeristas a los que había convocado su hijo y toparon con la crudeza *naïf* de Chaïbia: habían dado con la verdadera artista.

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

Tras Chaïbia, han venido otras mujeres marroquíes que amplían horizontes artísticos y vitales. Entre ellas, se pueden destacar: **Meriem Meziane** (Melilla, 1930) con sus óleos realistas; **Monia Abdelali** (Agadir, 1964), que construye unas estatuillas plenas de sarcasmo sobre las obsesiones de su sociedad, con humorísticas referencias a la libertad y la condición de las mujeres como objetos siempre observados y tutelados (como sugería John Berger en *Modos de ver*); **Monia Touiss** (Tetuán, 1971), que vive y trabaja en España, y quizá sea por ello que se adivina en sus obras la huella del maestro Saura; **Ahlam Lemseffer** (El Jadida, 1950), con su obra abstracta, **Ikram Kabbaj** (Casablanca, 1960), **Fatiha Zemmouri** (Casablanca, 1966) y la inolvidable fotógrafa y videoartista **Leila Alaoui** (1982-2016), que nos transportó con fotos hiperrealistas a las calles de su Marrakech de la infancia. En acción hasta el final, Alaoui murió asesinada en un atentado terrorista, mientras hacía un trabajo para Amnistía Internacional sobre los derechos de las mujeres, en Burkina Faso.



Obra de Chaïbia Talal

En otro registro, hay quienes cultivan un arte que homenajea a la artesanía y los textiles de la región; entre ellas, cabe mencionar a: **Amina Agueznay** (Casablanca, 1963), **Soukaina Aziz El Idrissi** (Casablanca, 1985), así como las instalaciones de **Fatima Mazmouz** (Casablanca, 1974) y **Dalila Alaoui** (Casablanca, 1958), y el trabajo conceptual de **Amina Rezki** (Tánger, 1962), **Mariam Bouzid Souali** (Targuist, 1989) y **Kenza Benjelloun** (Casablanca, 1966), que ha dedicado videoinstalaciones, objetos y fotografías al compendio del patriarcado.



De género habla también una joven poeta y artista visual de Casablanca **Imane Djamil**, que ha representado a su país en la Bienal de Venecia. En una de sus series recientes, Imane se inspiró en el trabajo emblemático *Les grandes vacances* (Las vacaciones de verano) de Robert Doisneau para hablar del verano y el espacio público en Marruecos, liberado este al gozo de los hombres, mientras el cuerpo de la mujer sigue escondido o escrutado.

“El estereotipo más corriente es el de asociar el trabajo femenino a lo decorativo”, asegura, por su parte, la tunecina **Aïcha Filali**. Romper los estereotipos sociales y rechazar desde la sobreactuación emocional hasta el uso de materiales considerados “femeninos”, ha sido su propuesta. Así, modela la madera y el hierro, intentando abolir la supremacía del ojo masculino sobre su obra.

Otros ojos, femeninos estos, han retratado el siglo en la golpeada Argelia: **Baya Mahieddine** (1931-1998), cuyo verdadero nombre era Fatma Haddad, pintaba mujeres con ojos de almendras y contagiaba esas miradas firmes a sus herederas. Entre las que tomaron el testigo figura la artista visual **Zineb Sedira**, que ha dado cuenta de la contemporaneidad y, en especial, del dolor profundo que dejaron los atentados terroristas de los 90 en su país. “¿Qué tienen en común un boli en la mano, dos dinares en el bolsillo y tres balas en la cabeza? Respuesta: Un periodista argelino”: apenas un ejemplo del humor negro que se cultivó en Argelia y que Sedira ha recopilado para una de sus obras.

Un fino hilván de historia es lo que ha logrado también la arquitecta **Aziza Chaouni**. En su caso, su labor consistió en recuperar la memoria para el presente, ya que fue la responsable de la restauración de la biblioteca de la antiquísima Universidad de su ciudad natal, Fez, para reabrirla en 2016, adaptada a los usos actuales y al archivo de los incunables del siglo X sobre teología, leyes, gramática y astronomía, que hoy se conservan ya protegidos de los cambios de luz, temperatura y humedad.

El cine

El cine es un espacio que las mujeres vienen conquistando con fuerza en el Norte de África. A las históricas, como la tunecina **Neïja Ben Mabrouk**, que ganó un premio en la Berlinale del año 89, con su filme *Sama* —de neto corte feminista—, se agregan una buena representación de documentalistas de los tres países del Norte de África que dan que hablar en festivales del continente. Chicas nacidas en los años 70 y 80 abordan la afectividad, los tabúes y sus vivencias en la diáspora, a partir de su olfato y sus propias experiencias.

En el último festival de Cannes, por ejemplo, se presentó *Sophia*, de **Meryem Benm'Barek**, un filme de ficción que arroja luz sobre la inconcebible presión que sufren las madres solteras en Marruecos. En este sentido, irreverentes y refrescantes resultan también los trabajos de la marroquí **Sonia Terrab** (*Shakespeare en Casablanca*) que con sus guiones y sus polémicas *web series* ha sido capaz de abrir las cortinas a los conflictos verdaderos de la mujer actual en cualquier sociedad musulmana. Otra joven cineasta, **Selma Bergach**, presentó su filme *La quinta cuerda*, un homenaje a la música andalusí, en la edición 2019 del Festival panafricano de cine y televisión de Uagadugú (Burkina Faso), FESPACO.

Por último, entre las directoras consagradas que siguen haciendo escuela, cabe mencionar a la realizadora **Narjiss Nejjar**, que desde 2018 dirige la *Cinemateca de Marruecos*, una institución que recupera y conserva las fuentes fílmicas.



Fotograma de *Shakespeare in Casablanca* de Sonia Terrab

Salima Aït-Mohamed

D'ALGER ET D'AMOUR



AUTRES TEMPS

Portada del libro 'De Argel y de amor', de Salima Aït Mohamed



Assia Djebar

Sonada candidata a premio Nobel del Literatura, la argelina **Assia Djebar** (seudónimo de Fatima Zohra Imalayene) nació en 1939 y murió en 2015: “Escribo, como tantas otras escritoras argelinas, con un sentimiento de urgencia, contra la regresión y la misoginia. Me presento como escritora; punto, es todo. No tengo necesidad, supongo, de decir ‘mujer-escritora’”. Djebar tuvo una prolífica vida como novelista (*El amor: la fantasía; Lejos de Medina; Las noches de Estrasburgo; El blanco de Argelia o Sin habitación propia*), como realizadora y como profesora universitaria de Historia, Letras y Filosofía, en Marruecos, Argelia, Francia y Estados Unidos, además de doctora *honoris causa* en Alemania, Austria y Canadá. Desde el 2005 era miembro de la Academia Francesa (fue la primera mujer originaria del Magreb en ser elegida para integrar esa institución), pero nunca dejó de volver a su país porque era su fuente de inspiración y el lugar donde amaba enseñar.

Otras argelinas que han abierto nuevas sendas de creación son: **Salima Aït Mohamed**, poeta empeñada en divulgar la caligrafía bereber (con caracteres *tifinagh*) y conservar su patrimonio de la Cabília; **Rabia Djelti**, premiada escritora y poeta en árabe, y la novelista **Maïssa Bey** (seudónimo de Samia Benamour).



Leila Slimani

Entre las escritoras más destacadas de la escena actual del Magreb, cabe mencionar la fulgurante carrera de **Leila Slimani**, nacida en Rabat en 1981, y ganadora nada menos que del prestigioso Premio *Goncourt*, en Francia, en 2016, con su novela *Canción dulce*; en 2017, había publicado el valioso ensayo *Sexo y mentiras: la vida sexual en Marruecos*. En este mismo campo, otra joven investigadora que se ha dedicado a las maneras en que se vive la sexualidad en su sociedad es **Sanaa El Haji**, que publicó en 2018 su tesis en Sociología en forma de libro: *Sexualidad y soltería en Marruecos*.

Por último, entre tantos nombres valiosos que quedarán en el tintero, se puede rescatar a la militante y escritora tunecina **Hélé Béji**, que escribe sobre los procesos descolonización de los países árabes.

La música

La música forma parte del cuerpo del Magreb y las voces de las *chikhats* (coreutas de orquestas de bodas y otras celebraciones), su alma. Difícil resulta seleccionar a algunas de las muchas mujeres que representan una geografía tan rica en sonoridades, tanto en la música tradicional (*chaabi*, *rai*, *gnawa*), como en la fusión pop. Si hay que elegir tres voces contemporáneas de jóvenes marroquíes, mencionaremos a **Hindi Sahra** (nacida Khouribga), que canta en inglés y en bereber; la saharaoui **Oum** y la casablanquesa **Sophia Charaï**, todas ellas consagradas internacionalmente. Entre las más tradicionalistas, figura **Asmaa El Hamzaoui**, que fue *maestra* del *gnawa* (el blues marroquí) con tan solo veinte años.

Entre las argelinas, **Houria Aïchi** canta a los trovadores de la tradición *chaoui* y a las “mujeres libres” de la Cabilia y **Hasna el Becharia**, cantante y guitarrista, hace honor a la profundidad del *gnawa* del Sahara argelino, en el que nació. “Mi padre –que Dios guarde su alma– me pegaba todas las veces. Una vez,

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

encontró la cena carbonizada y sacó su gran palo para darme con él. Yo no podía nada: yo tocaba la guitarra sin pausa. Me volvía loca el instrumento: cortaba fotos de guitarras de las revistas y las pegaba en las paredes de mi habitación; yo tendría nueve o diez años”, recordaba Hasna, que remarcaba la marginalización que sufría, hasta hace muy poco tiempo, una mujer que quería dedicarse a la música, porque en la sociedad argelina nadie se imaginaba que una mujer pudiera tocar la guitarra.

Por fortuna, hay tradiciones menos hostiles con las mujeres en la región. Por ejemplo, desde el desierto marroquí y mauritano, llegan las voces de las mujeres fuertes de los oasis del Sahara, que dentro del mismo Islam cuentan con otro status, toda vez que su experiencia de vida amorosa cuenta como un gran valor. Entre las tribus saharauis, las mujeres divorciadas merecen una dote mayor porque el amor de los hombres que han pasado por su vida les otorga honor. El hombre que se casa con una divorciada es el que puede asumir con su virilidad la poderosa sexualidad de una mujer que ya ha conocido el romance conjugado por tribus diferentes. La *guedra* es la danza ritual que promueve la formación de parejas.

En el desierto, el rol del hombre también es otro: el amor ‘feminizado’ es el que comprendió el célebre explorador bereber Ibn Battuta, según aquella anécdota en que aparece el marido de la mujer a la que él pretendía y le brinda su generosidad, precisamente por haber advertido la escena de seducción. Porque *más* hombre es el que se mantiene calmo y no el celoso. Viril es quien puede aceptar la aventura de su mujer y ofrecerle leche y comida al viajero. Así la ley de arena no escrita.



Guedra, danza del Sahara

El deporte

Entre las deportistas magrebíes que han soñado con una vida haciendo lo que les gusta, hubo alguien que sobresalió: fue **Nawal al Mutawakel**, la campeona olímpica de 400 metros vallas en Los Ángeles 1984, quien tenía claro que “la participación de las mujeres en el deporte es un reflejo de su posición en la sociedad en general. Su entrada en estos espacios deportivos coincide a menudo con su entrada y participación activa en la sociedad civil y la política”.



Hassiba Boulmerka

Nawal siguió el camino del esfuerzo de la nadadora tunecina **Myriam Mizouni**, nombrada segunda mejor deportista africana en 1975, gracias a los buenos títulos obtenidos, y que participó en los Juegos Olímpicos de 1976. Cuando dejó las competencias, fue nombrada árbitro de la Federación Internacional de Natación y, posteriormente, secretaria de Estado para el Deporte en su país, en 2011. **Marwa Amri**, por su parte, fue la primera mujer tunecina ganadora de una medalla de bronce, en lucha libre, en ocasión de los Juegos Olímpicos de 2016. Por lo demás, en Túnez hay también una gran tradición de box femenino, aunque las luchadoras destacadas en el *ring* ansían emigrar para continuar su carrera en clubes de Francia, debido a la carencia de infraestructuras adecuadas y estímulos institucionales.

Argelia, por su parte, ha contado con deportistas históricas como la argelina **Hassiba Boulmerka**, que fue campeona olímpica de 1.500 metros en los Juegos Olímpicos de Barcelona, en 1992, y que fue amenazada por grupos fundamentalistas por correr en pantalón corto. Esto no impidió que otras deportistas argelinas siguieran su ejemplo; entre ellas: la atleta **Amina Bettiche**, ganadora del oro en 3.000 metros, en los Juegos Mediterráneos de 2013; **Fatima Zohra Oukazi**, jugadora de voleyball y nombrada mejor atleta del año en 2014, y las judokas **Soraya Haddad** y **Kaouthar Ouallal**, mejores atletas del año, en 2012 y 2015, respectivamente.

VII. Árabes, europeas y egipcias

Viajar a las tierras árabes donde nació el Islam es impregnarse de la historia de Mahoma y sus contemporáneas, pero no solamente de sus grandes epopeyas sino también en su vida cotidiana como hombres y mujeres que compartían casa, hijos, aprendizajes y discusiones, que se escuchaban. “Mahoma no era solo un jefe Estado, sino el amante de Aixa”, escribe Fatima Mernissi, a propósito de lo que ha significado para toda mujer criada en el Islam la figura del profeta, “el amado”. Mernissi transcribe un diálogo histórico esclarecedor al respecto:

“El discípulo Amru b. Al-As preguntó al profeta:

–¿A quién quieres más en el mundo?

–A Aixa –le respondió Mahoma.”

No era un hombre el que ocupaba el lugar preeminente en el corazón del líder, sino una mujer cultivada e inteligente. “Los creyentes solían ir a Aixa para verificar lo que habían oído decir, confiados en su juicio, no solo por ser íntima del profeta, sino por su propia competencia”, refuerza Mernissi.

Parece que Aixa, que era “la amante del amante de Dios”, se pasó la vida cuestionando las interpretaciones de algunos discípulos y poniendo en duda los pasajes misóginos que le atribuían a su fe, entre ellos el que los hombres debieran ‘purificarse’ para orar o para ayunar tras hacer el amor, y las fobias a todo lo relacionado con la menstruación femenina. A propósito, fue otra de las esposas del profeta, Um Maimuna, quien aseguró: “Podía suceder que el profeta recitara el Corán con la cabeza reposada en las rodillas de una de nosotras que estuviera menstruando. Podía suceder también que una de nosotras llevara la alfombra de la oración a la mezquita y la extendiera cuando tenía la regla”.

Las intelectuales del mundo musulmán, que conocen estos textos, se lamentan de que las interpretaciones sexistas de su religión hayan perdurado y pretendan imponerse como dogmas, todavía hoy. Entre ellas, las egipcias, mujeres bravas que siguen la estela de la feminista **Huda Shaarawi**, célebre

por haberse quitado el velo en público, en 1923, para denunciar la segregación del harén. Hoy dicen a viva voz lo que han debido soportar en relación con el control de sus movimientos, la vergüenza sobre sus cuerpos o la ocultación de la piel y hasta el ruido de... sus pasos. A propósito, en una entrevista con la cineasta **Hala Khalil** (El Cairo, 1967), ella recordaba cómo una vez se le ocurrió el guión de una película cuando oyó el retumbar rítmico de los tacones de una mujer que caminaba en la calle, en París.

“Traté de imaginar cómo caminaban las mujeres árabes, las egipcias, en la calle. Las vi con vergüenza de su cuerpo. No están orgullosas. En nuestros países, el orgullo del cuerpo corresponde solo a los hombres, no a las mujeres. Las mujeres tienen que esconderse, cruzar la calle muy rápido, porque ese no es un espacio para ellas. ¿Por qué tenemos esta relación con nuestro cuerpo?, me pregunté. Entonces traté de recordar qué había hecho mi familia conmigo en ese momento de transición entre la infancia y la vida adulta. Los recuerdo tensos, agresivos, aconsejándome: ‘ahora eres una mujer; una mujer no debe caminar así, no debe reírse en voz alta, no debe levantar la voz, no debe quedarse fuera hasta tarde’”, apuntaba Khalil.

La menstruación es algo tan simbólico de la vergüenza que tiene que padecer la mujer que se ha convertido en un tema de creación para realizadoras, fotógrafas y artistas plásticas, que empiezan a desafiar esa *bisagra* social que aparta a las niñas del disfrute de su cuerpo en libertad, en el ámbito público. De ahí que pensadoras y artistas intenten superar el trauma de esa escisión visibilizando la incomodidad que durante siglos se les hizo sentir. En el caso del cine, paso a paso, las directoras se atreven a poner en pantalla pequeñas osadías que van moldeando un registro más naturalista, tras décadas de películas egipcias que entretenían a los habitantes de todos los países árabes, con un tono muy costumbrista, casi caricaturesco. Eso sí, la maravillosa herencia de las grandes divas de la canción es eterna, y ellas siguen iluminando como faros al mundo árabe.

Desde la platea, las mujeres siguen buscándose (y encontrándose) en la pantalla. Algo así sucedió hace unos años, a partir del filme *The best of times*, de Hala Khalil, en el que un personaje femenino, hastiado de la desatención permanente de su marido, le pide simplemente: “Quiero una flor, Brahim”. Y entonces, la frase, en árabe, se convirtió en un contundente y popular lema para las siguientes convocatorias feministas en Egipto. De repente, salían del cine con un eslogan para protestar del

hecho de que los hombres se aferren a las mujeres infantilizadas pero no amen a la mujer adulta, en un país donde hablar de sexualidad está mal visto, e incluso ser conocida por una actividad artística está mal visto. “Mi familia nunca perdonó mi vocación y que me dedicara al cine; mi padre ni siquiera mencionaba el tema si yo ganaba un premio y salía en los medios”, resumía la cineasta.

“El mundo árabe necesita una revolución sexual”, reclamaba, a su turno, otra egipcia, la periodista **Mona Eltahawy** (Port Said, 1967) que ha publicado un libro llamado *El himen y el hiyab*. Víctima de una violación por parte de la policía, en 2011, la periodista expresaba sus reservas con los movimientos de las primaveras árabes donde “los hombres se dedicaron a combatir a otros hombres por el poder, olvidando que la dignidad y la justicia eran los objetivos de la revolución (...), pero también la igualdad de género”.

Internet y la televisión, en cambio, no discriminan cuando de ganar tráfico o rating se trata. Así, entre youtubers, influencers e instagramers adolescentes que se encumbran y dictan tendencias, sin distinción de fronteras o religiones, emergió en el mundo árabe otra figura mediática femenina, pero con el rostro cubierto. Ella se llama Hissa Hilal, y es un ama de casa y poeta saudí que, en 2010, fue la primera finalista femenina del talent show del Golfo Millions's poet (El poeta del millón) con sus textos, leídos a través de la tela negra de su niqab. El resto de los concursantes, todos hombres, pero sobre todo su marido y sus hijos, celebraron que la poesía de denuncia de las discriminaciones cotidianas, escrita por Hissa, pudiera por fin salir de hogar, para una audiencia en Medio Oriente de casi 80 millones de personas.



Hissa Hilal

Mencionamos, a continuación, a algunas mujeres de la región, destacadas en otras disciplinas:

Artes Plásticas y Arquitectura

La iraquí **Zaha Hadid** (Bagdad, 1950-Miami, 2016) fue, hasta su temprana muerte, la arquitecta más importante del mundo. Había estudiado Matemáticas en el Líbano y Arquitectura en el Reino Unido, y fue la primera mujer en ganar el prestigioso premio *Pritzker*, una suerte de Nobel de arquitectura, de ahí que sus diseños neofuturistas hayan resultado inspiradores para sus colegas de varias generaciones. Ella es la responsable del diseño del centro acuático de los Juegos Olímpicos de Londres en 2012, y del estadio Al Wakrah, que se está construyendo para el Mundial de Fútbol de Qatar, en 2022, entre otros edificios emblemáticos de esta época.

Otra pionera, en este caso de la pintura, y más precisamente introductora de la abstracción en el mundo árabe, la artista plástica palestina **Samia Halaby** (Jerusalén, 1936) estudió la geometría de la decoración y la arquitectura islámicas, para experimentar por sí misma las maneras de representar su mundo a través de formas alejadas del realismo. Influida por las vanguardias rusas, Halaby se ha movido a territorios de indagación tecnológica con su obra, que hoy está presente en las grandes colecciones de arte contemporáneo de los museos más reputados.

En la senda de las grandes precursoras del Mediterráneo Oriental y el Golfo, las más jóvenes cultivan el arte pero atreviéndose a sacarlo a la calle. Tal el caso de la saudí Sarah Mohanna Al Abdali (Jeddah, 1989) que ha llevado el street art hasta la mismísima Meca. Es solo un nombre entre los de miles de jóvenes urbanitas de todos los rincones del planeta, que han convertido al graffiti en su más accesible expresión generacional.



Zaha Hadid

Música y cine

La lista de cantantes egipcias que han triunfado en una inmensa área de influencia, gracias a la abarcadora industria de cine de aquel país es interminable. Si hay que rescatar algunos nombres, imposible no mencionar a la maestra inmortal **Oum Kalthoum** (1904-1975), cuyas canciones se siguen reproduciendo en el norte de África y en los países del Golfo como himnos tradicionales que canta toda la familia. Tras los años 40, que fueron los de la edad de oro del cine egipcio, brillaron, entre muchísimas otras estrellas, la rutilante **Shadia** (1931-2017), la ‘Cenicienta’ del cine egipcio **Soad Hosny** (1942-2001), la compositora y guitarrista **Aida el Ayoubi** (nacida en 1964), **Angham** (nacida en 1972) o **Ruby** (nacida en 1981).

Asmahan (1912-1944) fue otra gran diva de la edad de oro del cine egipcio, aunque ella había nacido en Siria, en el seno de una familia aristocrática. Quizá justamente por eso fue la mujer abiertamente libre e inspiradora que muestra el documental *La intolerable presencia de Asmahan*. La directora de la película, **Azza El Hassan** (Amman, Jordania, 1971), hija de exiliados palestinos, quiso rendir tributo a la mujer árabe, con un contrapunto entre la glamurosa vida de **Asmahan** –la de *Noches eufóricas en Viena*– y la situación actual de las chicas de las clases populares que quieren dedicarse a la música en El Cairo, y que son obligadas, cada día, a apurar el paso en la calle, a ponerse auriculares y caminar con la vista baja para evitar el acoso.

De la misma generación que la directora palestina, la saudí **Haifaa Al Mansour** se convirtió en la primera directora mujer de una película rodada en Arabia Saudí, con *La bicicleta verde* (2012) que, tras su proyección en la *Mostra* de Venecia, obtuvo gran repercusión mundial. Al Mansour –quien estudió Literatura en El Cairo y Cine, en Australia– había filmado ya en 2005 un documental, *Women without shadows* (Mujeres sin sombras), con el que animó a toda una nueva generación de mujeres saudíes que empezaban a dedicarse a las artes visuales. Tras atravesar toda clase de trabas burocráticas para filmar en su país, la directora ha seguido haciendo películas en el extranjero.

En la región, otra escena fílmica y musical que no puede soslayarse es la turca. Turquía tiene un excelente cine con repercusión internacional y ha dado al mundo la obra de mujeres realizadoras como **Nefise Özkal Lorentzen**, actualmente residiendo en Noruega y nombrada una de las diez inmigrantes notables. Özkal es una activista por los derechos humanos y libertades individuales para personas LGTB, que ha dirigido varios filmes en los que pone la religión en el centro del debate: *Gender Me* (2008), *A Balloon for Allah* (Un globo para Alá, 2011), and *ManIslam* (HombresIslam, 2014).

Yeşim Ustaoglu, por su parte, es una guionista y directora de cine de ficción, nacida en 1960, que ha ganado premios en el Festival de Berlín, en San Sebastián y en Abu Dhabi, con películas como *Viaje al sol*, *La Caja de Pandora* y *Araf. En algún lugar por ahí*.

La jovencísima **Ozlem Altinogoz**, que nació en 1996, es ya un nombre de referencia en el cine de horror, cuyas películas de género han pasado por Cannes y Sitges. De pequeña veía películas de Polanski en Estambul y hoy está trabajando en Hollywood.

La escena de la música *pop* turca también está poblada de chicas inquietas, que siguen el camino de cantantes como **Sezen Aksu**, la reina del pop turco que vendió cuarenta millones de discos en la década del 70. Podemos mencionar, entonces, a **Nil Karaibrahimgil**, una música experimental de familia de músicos que rinde tributo a sus raíces; **Candan Erçetin**, una licenciada en arqueología de la Universidad de Estambul que representó a Turquía en Eurovisión; la soprano **Sertab Erener**, que se lanzó al pop, y **Kalben**, cultora de las atmósferas íntimas.

Literatura

Las letras turcas, que han dado grandes nombres masculinos al panorama internacional, alientan la pluma de las mujeres, aunque sus nombres suenen menos que los de sus colegas masculinos, más allá de su país. **Elif Shafak**, nacida en 1971, es la excepción, uno de los nombres destacados en el escaparate europeo, que habla en sus novelas sobre la complejidad femenina, la identidad y las intersecciones de su cultura. En *La bastarda de Estambul* (un libro de 2008) propone el punto de vista de dos mujeres para mostrar un cruce entre lo doméstico y lo histórico (con especial hincapié en aquel tiempo nunca bien confesado del genocidio armenio).

En Egipto –la tierra del Premio Nobel de Literatura Naguib Mahfouz– trascender en las letras también ha sido bastante más difícil para las mujeres. Pero en todos los periodos de su historia ha habido mujeres que han escrito contra las injusticias. Empecemos por **Aisha Taymur** (1840-1902), activista, poeta y novelista, que simbolizó la resistencia en tiempos del Imperio Otomano. En su obra emblemática, *Mir'at al-ta'ammul fi-l-umur* (El espejo de la contemplación) analizaba por qué el Corán no era un libro que pregonara nada en contra de las mujeres, más bien lo contrario.

Huda Sha'arawi (1879 – 1947), por su parte, fue un luchadora contra el confinamiento de las mujeres en el ámbito doméstico, en tiempos del harén. Escribió sobre estas restricciones y salió a dar conferencias que, a su vez, sacaron a las mujeres de sus casas.

Latifa Al Zayyat (1923 – 1996), miembro fundadora de la Liga de Universidades, escribió una novela llamada *La puerta abierta*, que fue llevada al cine, con Faten Hamama en el rol principal. Rompió con las tradiciones literarias árabes al usar el árabe coloquial en sus textos, que narraban el despertar político y sexual de las mujeres, antes de la revolución de 1952.

La influyente **Radwa Ashour** (1946-2014) fue una de las responsables de la edición, en 2004, de un ensayo en cuatro volúmenes sobre mujeres escritoras árabes. Escribió siete novelas, entre ellas, la libertaria *Farag*.

Salwa Bakr, que nació en 1949, es una cuentista que suele dedicar sus historias a personajes femeninos discapacitados, locos o excluidos socialmente. Escribir es, “en último término, un acto de justicia social”, avisa. En *El carro dorado*, una de sus obras, su protagonista Aziza es una chica que está presa por haber matado a su padrastro y amante que, en la cárcel, encuentra el afecto por primera vez.

Nawal Al Saadawi, nacida en 1931, es conocida como la Simone de Beauvoir del mundo árabe. En 1972 publicó *Mujeres y sexo*, un libro que habla de las agresiones que se cometen sobre el cuerpo de la mujer, y que nació de su propia experiencia como víctima de la ablación de clítoris. La controversia que provocó el libro, en el momento de su publicación, le valió el despido de su cargo en el Ministe-

rio de Salud y del puesto de editora jefe en una revista justamente dedicada a la vida saludable. Su último libro aparecido en castellano es *La cara oculta de Eva: la mujer en los países árabes*.

Por último, **Alexandra Kinias** es una escritora, realizadora y *blogger*, que ha movido el avispero digital con la *website Women in Egypt*, para facilitar el intercambio de mujeres profesionales en la búsqueda de oportunidades educativas y laborales. También es guionista de la película *Cairo exit*, censurada en su país.

VIII. Cultoras del Islam en Persia y en el África subsahariana

Aunque a la luz de nuestra concepción actual del género y el cuerpo resulte difícil de comprender, hay leyes que introdujo el Islam, en el siglo VII, que en su momento llegaron para intentar mejorar la vida de las personas; sucedió que, tras capas de interpretaciones y evolución de costumbres, se volvieron anacrónicas, e incluso, perjudiciales, en especial, para la vida de las mujeres. Según Fatima Mernissi, lo que el Islam aportó en materia de paternidad fue, en su momento, una innovación en aras de la igualdad entre ricos y pobres, entre aristócratas y desplazados. La socióloga se refiere, por ejemplo, al hecho de que, aproximadamente a partir del año 700, los creyentes asumieran que los hijos legítimos solo podían ser engendrados dentro del matrimonio, a fin de atribuir una inequívoca paternidad, y la consecuente protección del niño. “En el periodo preislámico, llevar la ascendencia hasta el antepasado más antiguo era emblema y privilegio de la aristocracia; los esclavos y demás clases sociales no podían trazarla aunque solo fuera por los desplazamientos en el espacio, el desarraigo”, explica Mernissi.

Lo que por un lado mejoraba las cosas con respecto a “los tiempos de la ignorancia”, según la terminología musulmana, porque el padre debía hacerse responsable de la manutención y el cuidado de los hijos que engendraba, por otro lado ha traído aparejado el menosprecio del hijo nacido de madre soltera, o fuera del matrimonio, una dolorosa situación que dura hasta nuestros días. De otra parte, el control sobre la sexualidad de las mujeres deriva también de este vínculo exigido socialmente, que a veces se transforma en el afán de control de un cuerpo ajeno que se asume como una pertenencia.

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

Es interesante, de cualquier manera, entender de dónde vienen unas normas y unos usos que hoy claramente resultan obsoletos. Nos explica Mernissi: “una de las instituciones revolucionarias (en el sentido de una ruptura con el pasado) que el Islam adoptó fue la *Idda*, el periodo de espera que obligaba a la mujer musulmana, separada del marido, por divorcio o muerte, a no volverse a casar sino pasados unos meses y varios ciclos menstruales. La finalidad de la *Idda* es conocer, en el caso de que la mujer esté encinta, al progenitor de la criatura, a fin de vincularlo con él. En el periodo preislámico, la vinculación al padre no era importante (para las tribus en las que todavía se practicaba el matriarcado) o inadecuada (para mujeres prisioneras de guerra que convivían con sus captores, o esclavas que pasaban de un amo a otro a merced del mercado y los caprichos), o imposible, y aparentemente poco importante, en el caso del matrimonio temporal, *Mut’á*. En este último, que continúa alimentando en la actualidad el debate entre suníes (que lo condenan) y chiíes (que lo toleran), un hombre y una mujer pueden decidir vivir maritalmente durante unos días, unas semanas o unos meses, basta con fijar la fecha de separación al principio, y el matrimonio finaliza en la fecha convenida por la pareja. Este matrimonio, práctico para nómadas y comerciantes que emprendían largos viajes, fue prohibido por los suníes, que pensaban que estaba en franca contradicción con los principios de la familia musulmana, especialmente la regla de la paternidad que liga al hijo con su progenitor”.



‘La manzana’, de la directora iraní Samira Makhmalbaf

¿Por qué hablamos de los matrimonios temporales entre los chiíes, una de las dos principales ramas del Islam? Porque la mayor cantidad de chiíes en el mundo es persa y es en Irán donde se sigue practicando aún hoy el matrimonio con plazo, o fecha de caducidad. La República Islámica de Irán es la gran potencia chií del mundo, y queremos introducir la valiosa obra creada en ese contexto por algunas mujeres que nacieron, justamente, en aquella región de sabios y poetas.

El cine es una de las expresiones artísticas en las que Irán sobresale a nivel planetario con una calidad homogénea. Finura y profundidad caracterizan casi cada una de las cintas que nos han ido dando a conocer detalles de la vida cotidiana de los y las iraníes y que, gracias a su reputación, todos los grandes festivales del mundo esperan con los brazos abiertos. De sus cineastas, varias son mujeres que ya tienen nombres propios destacados entre los críticos que cubren Cannes, Berlín o Venecia. Y, precisamente, uno de esos temas de la vida cotidiana iraní que nos ha dado a conocer el cine es el del matrimonio temporal; lo contaba excelentemente una película de 2014 (*Nahid*), con la sutileza de la que solo una mujer persa es capaz. Ella, la directora, es **Ida Panahandeh** y Nahid, el personaje principal del filme, una mujer divorciada a la que su ex marido le ha cedido la custodia del hijo de diez años, a cambio de que no vuelva a casarse. Pero, a orillas del mar Caspio, Nahid conoce a un hombre del que se enamora y la única salida a su amor será la burocrática, y con plazos.

Por lo demás, la más famosa de las cineastas iraníes es **Samira Makhmalbaf**, nacida en Teherán, en 1980, e hija de dos cineastas: Mohsen Makhmalbaf y **Marziah Meshkini**. Con su película *La manzana*, rodada cuando tenía 17 años, se convirtió en la realizadora más joven en concursar en el Festival de Cannes y, en 2003, un grupo de críticos ingleses la incluyó entre los cuarenta realizadores en activo más importantes del mundo. Luego vinieron los rodajes de *A las cinco de la tarde* y *El caballo con dos piernas*, ambas filmadas en Afganistán, el país en el que residía. Esta última fue premiada en la edición de 2009 del Festival de San Sebastián.

También llegó a Cannes, aunque indirectamente, la gran artista plástica y autora **Marjane Satrapi** (Rasht, 1969), a través de un filme francés de animación, basado en su emblemática novela gráfica *Persépolis*. En ella, la genial Satrapi traza la historia del Irán de los últimos cuarenta años, que es, a la vez, su autobiografía, ya que ella nació y se crió en el Teherán del Sha de Persia y vivió su adolescencia durante la Revolución Islámica. Sabe bien de qué va el rigor de los ayatolás y lo descolocadas

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

que quedaron aquellas mujeres liberales y occidentalizadas de los setenta, cuando la religión llegó arrasando, a imponer sus normas como losas sobre la vida civil. Buscar la vida laica significaba emigrar para las chicas que, más o menos en los 80, empezaban a vivir su juventud. Satrapi fue y volvió varias veces de Europa. Luego publicó los comics *Bordados* y *Pollo con ciruelas*. En 2014, dirigió su propia película: *The voices*.



"Persépolis", de Marjane Satrapi

Otra mujer iraní que debe vivir fuera de su Teherán natal es **Masoumeh 'Masih' Alinejad-Ghomi** (nacida en 1976), factótum de "La revolución del velo", por su activismo a favor de la libertad de vestimenta de las mujeres iraníes. Ella se hace llamar 'Masih', que significa "mesías", quizá para agregar iconoclastia a su activismo por los derechos individuales. Es periodista y fue arrestada por elaborar folletos críticos con el régimen en 1994. "Las iraníes no queremos ser esclavas, ni queremos que los hombres o el régimen islámico nos digan cómo tenemos que vestirnos. La compulsión nunca fue parte de la cultura persa". Es autora del libro *The wind in my hair* (El viento en mi cara), contra el velo obligatorio.

El movimiento feminista iraní está largamente consolidado, A cimentar sus ideas han contribuido un nutrido grupo de escritoras, teóricas y activistas, entre las que podemos destacar a:

La premio Nobel de la Paz de 2003, **Shirin Ebadi**, una abogada nacida en Hamadán, en 1947, militante por los derechos humanos y la democracia. Fue la primera mujer musulmana en recibir un Nobel. La Academia Sueca reconoció especialmente su lucha por los derechos de las mujeres y los niños, y su valentía, ya que “no prestó atención jamás a las amenazas a su propia seguridad”. Para tal concesión fue determinante su libro *Democracia, derechos humanos e Islam en el Irán moderno: perspectivas psicológicas, sociales y culturales*, en el que demostraba las bases históricas para la democracia que ha habido en Persia, desde la Antigüedad.

Bibi Khanoom Astarabadi (1858-1921), que fue una escritora satírica, de familia noble, pionera en el estudio y divulgación de asuntos ligados a la emancipación femenina. Ya a finales del siglo XIX, fundó la primera institución escolar para mujeres en Irán y escribió numerosos artículos para defender el derecho a la educación de las niñas. En 1895, publicó un libro, *Ma'ayeb al-Rejal*, considerado la primera declaración de los derechos de la mujer en el Irán contemporáneo.

Mahnaz Afkhami (nacida en 1941), ex responsable del Ministerio de la Mujer, del 76 al 78, antes de la Revolución Islámica. Se exilió en el 79. Ha escrito una docena de libros sobre género, exilio y derechos de la mujer.

Janet Afary (nacida en 1960) es una ensayista y catedrática que indaga en género y sexualidad femenina en el mundo musulmán, con la historia y la filosofía como puntos de partida. *Foucault y la revolución iraní. Género y seducción en el islamismo*, es el nombre de uno de sus trabajos, que firma con Kevin Anderson.

Pegah Ahmadi (nacida en 1974), poeta y crítica literaria, ha traducido también al persa a la poeta Silvia Plath. Es una de las teóricas literarias que ha continuado su actividad en su país.

Artes plásticas:

Además de la excelente viñetista Marjane Satrapi, en Irán se cultivan paralelamente otras corrientes artísticas que trabajan con elementos más tradicionales. Este es el caso de **Golnaz Fathi** (nacida en 1972), que se ha especializado en caligrafía persa, especialmente en técnicas antes reservadas solo a escrituras sagradas en mano de hombres, para reinterpretarlas subjetivamente. Inspirada en el expresionismo abstracto, Fathi trabaja la escritura como elemento pictórico en acrílicos e incluso en instalaciones de luz.

Shirin Neshat (nacida en 1957) explora en sus propias trazas de memoria e identidad. Ha trabajado por definir los roles de género en la sociedad iraní, aunque no ha podido regresar a su país en veinte años. Desde el extranjero continúa creando una imaginería poética en fotografía (las series *Zarin*) y cine. Con su película *Mujeres sin hombres*, ganó el León de Oro en la edición 2009 de la *Mostra* de Venecia.

Parastou Forouhar (nacida en 1962) es la hija de opositores políticos asesinados en 1998. La artista plasmó entonces su búsqueda de la verdad en un trabajo llamado *Documentación*. También trabaja con la caligrafía y la herencia cultural persa en instalaciones donde la tragedia familiar siempre está latente.

Por último, **Simin Keramati** (nacida en 1970) es una artista multidisciplinaria, que moldea su propia imagen, tanto en pintura como en videoinstalaciones.

El deporte

Las mujeres en Irán representan más del 60 por ciento de todos los estudiantes universitarios (tres millones de personas, aproximadamente) y tienen una tradición cultural de participación en la vida activa, también la deportiva, con la que no han podido acabar ni los gobiernos más represivos. Por ejemplo, ellas empezaron a jugar al fútbol con vocación, en la década del 70. Tras la Revolución, hubo unos años de parón y la práctica se recuperó con gobiernos más reformistas, hacia principios del siglo XXI.

De vuelta al ruedo, el seleccionado femenino de fútbol alcanzó el segundo puesto en el Campeonato de Asia Occidental, en 2005, en Jordania, y siguió obteniendo buenos resultados hasta 2007, a pesar de la incomodidad de jugar con estricta indumentaria de hiyab, mangas largas y amplias y pantalones hasta los tobillos. Esas mismas condiciones de vestuario fueron, sin embargo, las que las llevaron a apartarse de la competición internacional, entre 2011 y 2014, porque la FIFA prohibió jugar con velo.

Actualmente, las chicas de la selección nacional aspiran a clasificarse para los Juegos Olímpicos de 2020 y lo que se ha interpuesto, esta vez, es la virulenta política internacional de estos tiempos, particularmente en el Oriente Próximo. Ha sucedido que algunos partidos de clasificación se programaron para zonas de Palestina bajo ocupación israelí y como la República Islámica no reconoce al Estado de Israel, sus jugadoras no tienen autorizado entrar a Palestina. Veremos cómo sortean los penúltimos obstáculos para seguir compitiendo.

MUJERES DEL ÁFRICA SUBSAHARIANA

África no es un país, sino un continente con más de cincuenta países, algunos muy distantes entre sí, y otros muy próximos culturalmente, a pesar de las arbitrarias fronteras trazadas en la etapa colonial. En esa geografía donde los lindes de las etnias no se corresponden con los límites políticos, conviven las religiones monoteístas con cultos animistas, y unas y otras prácticas se han impregnado mutuamente.

Cristianismo e Islam, los dogmas religiosos más extendidas en los países al sur del desierto, conviven al sur del Sahara desde el siglo VIII, época en que los historiadores arabomusulmanes comenzaron a dejar sus crónicas escritas. Las caravanas a través del desierto, que constituyeron un vital mercado de productos (el principal intercambio era el de sal por oro), también significaron un dinámico espacio para compartir saberes. En la Edad Media, todas las rutas cambiaron porque, a partir de la llegada de Colón a América, se alteraron los términos del intercambio. Los imperios extraían ahora también riquezas de otras lejanas tierras, y los productos en África cambiaban de valor.

Con todo, aquel espíritu abierto de las caravanas persistió en un subcontinente que, en general, ha vivido su religión con más apertura que los vecinos del Norte (de Marruecos a Egipto). En Senegal, en Níger, en Camerún, en Ghana, o en Mali, las mujeres musulmanas lucen grandes escotes en sus coloridos vestidos con mangas cortas, con las piernas al aire, y quizá un turbante opcional sobre la cabeza. Todo esto, con excepción de los tristes episodios integristas que han alterado las costumbres en algunas regiones, por supuesto. Así, los lugares de culto son más modestos y no hace falta que las mezquitas exhiban imponentes minaretes de mármol.

Estas condiciones determinan que la obra de las mujeres artistas de esta región del mundo preste menos atención a los temas típicos de los estados confesionales. Sus asuntos pueden estar ligados a costumbres ancestrales, pero más atadas a la tierra, y no necesariamente delimitadas por la matriz religiosa.

Las mujeres cineastas tienen grandes maestras africanas a las que seguir: por caso, **Safi Faye** (Dakar, 1943), la pionera documentalista senegalesa que, sin embargo, dio vida a un largometraje de ficción, *Mossane*, que se proyectó en el Festival de Cannes, en 1996, y que se erigió en un canto de amor en homenaje a las mujeres de su continente. Sus discípulas, las documentalistas contemporáneas, están dando que hablar con sus obras honestas, que narran pequeños grandes problemas de la vida diaria, osadas, de denuncia y a la vez plenas de vitalidad. Un ejemplo es *El árbol sin frutos*, una película hecha en Níger por la joven **Aïcha Macky Kidy**, que habla sin tapujos del gran estigma de ser una mujer no madre en África. Las películas de ficción africanas, en cambio, siguen siendo mayoritariamente dirigidas por hombres, y muy posiblemente esto esté ligado a los altos presupuestos de producción que se manejan (y lo que esto muestra en lo que a limitaciones de acceso por género se refiere).



“El árbol sin frutos” (L’arbre sans fruit) de Aïcha Macky

En cuanto a las escritoras, podemos poner el foco en una narradora y en una poeta contemporáneas destacadas, para dar cuenta de lo promisorio de las letras femeninas africanas. Ellas son: **Marie N'Diaye** (nacida en 1967), senegalesa, con una prosa potentísima, que ganó el Premio Goncourt 2009 con *Tres mujeres fuertes*, y que con su novela nos lleva a Dakar mucho antes de que pongamos un pie allí por primera vez, y **Warsan Shire** (nacida en 1988), poeta somalí, que recibió el premio de la poesía africana de la Universidad pública de Brunel, en Londres. Sus poemas han aparecido en el álbum visual *Lemonade* (2016) de la *celebrity* Beyoncé.

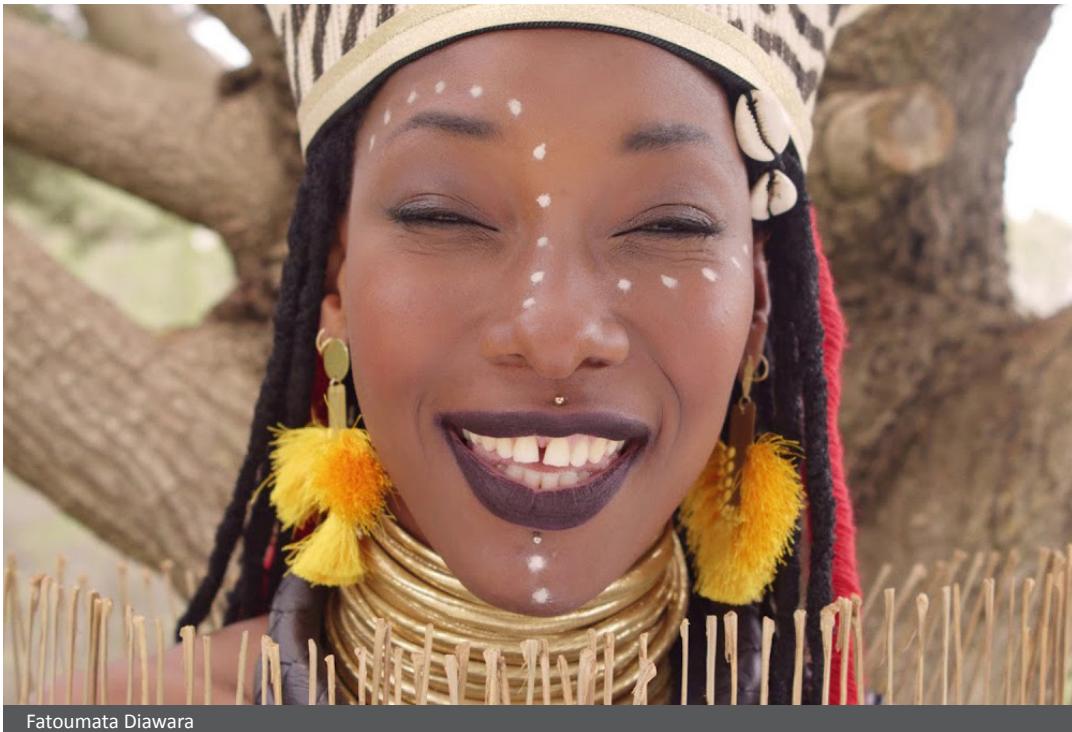


Marie N'Diaye

A las cantantes y músicas del mundo musulmán africano, por su parte, podríamos representarlas en la figura de la brava marfileña **Fatoumata Diawara**, que canta su experiencia de vida, con un padre polígamo y ella, como hija mayor, sosteniendo a su madre afligida y a sus hermanos pequeños. Diawara también denuncia el acoso sexual que padecen las mujeres que entran al ambiente de la música por parte de sus compañeros, con la excusa de la protección, y habla de los instrumentos musicales como símbolo del poder fálico que los hombres no están dispuestos a ceder sobre el escenario.

Ellas se levantan una y otra vez, empezando por las atletas etíopes y siguiendo por las luchadoras del norte de África. Lo que es seguro, es que todas ellas –artistas, científicas y deportistas– llevan en su corazón la fortaleza de aquella legendaria reina guerrera, de nombre musulmán, Amina, que en el siglo XVI lideró al ejército hausa, integrado por veinte mil hombres, y consiguió importantes conquistas en lo que hoy es el noroeste de Nigeria.

Dicen que Amina desafió todos los estereotipos de su tiempo, que enseñó una daga como un guerrero adulto cuando era aún una niña, que no se casó para no perder autoridad y que tomaba un amante de cada tropa derrotada. Sean reales o mitológicas sus batallas, Amina es el poder que toda mujer tiene dentro.



Fatoumata Diawara

Mujeres musulmanas que ocupan su mitad de cielo

MAPA



